

Petra.—(*Suspirando*:)—¡Ay! ¿quién sabe?

Ant.—Pero ¿tú también tienes amor?

Petra.—(*Suspirando*:)—¡Ay!

Mat.—¡Mira la misántropa! Vamos: cuéntanos quien es.

Petra.—(*Alarmada*:) ¿Yo? ¡jamas!

Mat.—¡Bah! ¿por qué?

Petra.—Por que... ¡es muy difícil de decir!

Ant.—Será algún vascongado.

Petra.—Es un ser muy extraño.

Mat.—Vamos: dílo ya.

Petra.—¿Y si me tomáis por loca?

Ant.—¿No te tenemos ya por tonta?

Mat.—¡Di ya quien es!

Petra.—(*Ruborizándose y con voz apogada*:)—Yo estoy enamorada del Mambrú.

(*Los bellos ojos de las dos joviales modistas, se abren extraordinariamente ante la sorpresa de la confesión*).

Mat.—El Mambrú ¿Quién es ese?

Ant.—¿Algún organillero?

Petra.—¿Pero no conocéis al Mambrú?

Mat.—No será ese que se fué a la guerra.

Petra.—(*Suspirando*:)—¡Ay! Ese es.

Mat.—Pero ¿el qué se fué montado en una perra?

Petra.—¡Qué zafia eres!

Mat.—Pero vamos: ¿quién es?

Petra.—Ese: el Mambrú; el de las coplas.

Mat.—¡Pero tú estas loca!

Petra.—Quizá. ¡El Mambrú! ¿Hay alguien como el Mambrú? Un caballero apuesto, guapo...

Ant.—¿Pero tú lo conoces?

Petra.—No: solo sé que se marchó y que se dejó esperar. Lo demás me lo imagino. Su nombre se metió en mi imaginación desde niña y... ¡si lo viérais! ¡Hace ya tantos años que pienso en él! Y siempre la misma incertidumbre, la misma esperanza: ¿Volverá para la Pascua o para la Trinidad?

(*Sus dos interlocutoras, lanzan la música juvenil de su alborozada risa*)

Ant.—¿No digo? ¡De remate!

Petra.—Es verdad ¡Pero conozco a tantos hombres y ninguno se parece a mi Mambrú! ¿No vale más seguir esperándolo que conformarse con cualquiera de ellos?

Mat.—(*Seria*):—Dicen que ese Mambrú existió.

Petra.—Pero es mejor que no lo haya conocido yo. Quizá no fuera como mi Mambrú.

Mat.—(*Tristemente*:)—Es muy fácil. (*Suspirando*:) ¡Ay Arturo!

Ant. (*Suspirando*:)—¡Ay Daniel!